

NEUVA ENTREGA | Serie que rinde homenaje a Pérez Galdós

Almudena Grandes: “El territorio de la literatura es la emoción”

MARÍA TERESA CÁRDENAS M.

Treinta años estuvo pensando en Aurora Rodríguez Carballeira, una mujer de la que supo por primera vez en 1977, cuando vio la película “Mi hija Hildegar”, de Fernando Fernán Gómez. Pero no fue sino hasta 1989 que Almudena Grandes (Madrid, 1960) descubrió al personaje. Ella había publicado su primera novela, *Las edades de Lulú*, y en sus constantes visitas a las librerías para ver cómo estaba puesta —“nunca he vuelto a tantas librerías como en aquella época”, reconoce divertida—, le llamó la atención, en primer lugar por su título, *El manuscrito hallado en Ciempozuelos*, el libro de un psiquiatra que había hecho la residencia en ese manicomio de mujeres.

Aurora Rodríguez es la figura central de *La madre de Frankenstein*, quinta entrega —de seis— de la colección *Episodios de una guerra interminable* (Tusquets Editores), que la escritora inició hace diez años con *Inés y la alegría* y continuó con *El lector de Julio Verne* (2012), *Las tres bodas de Manolita* (2014) y *Los pacientes del doctor García* (2017). Un homenaje explícito a Benito Pérez Galdós y sus *Episodios Nacionales*. En su serie, Almudena Grandes aborda los duros años de la posguerra civil española y de un volumen a otro reaparecen, con mayor o menor protagonismo, algunos de sus personajes, los que se relacionan con figuras de la vida real.

Ahora la historia se centra en esta mujer que, en 1933, mató de cuatro disparos a su hijo, Hildegar, de 18 años, a quien había recibido como una extensión de sí misma, como su instrumento. “Era una mujer a la que yo no podía odiar, porque me fascinaba demasiado”, reconoce la escritora, quien, con su habitual simpatía e inconfundible carácter madrileño, esta semana sostuvo una conferencia por Zoom con periodistas de América Latina, y luego respondió por escrito otras preguntas a “El Mercurio”. Aurora, profunda, “era inteligentísima, cultísima, autodidacta”. Además, rica, por lo que “no tuvo por qué casarse para emprender sus propias iniciativas”. Sin embargo, era mujer aficionada a la vida pública y muy conectada con los círculos progresistas de la época republicana, que “podría haberse convertido en un símbolo de la nueva mujer de la nueva España, era una enferma mental”. Era paranoica, y como tal, tenía delirio de grandeza —“creía que había venido al mundo para salvar a la humanidad, para llevar al ser humano a una etapa de felicidad y de progreso y para construir una sociedad mejor”— y delirio persecutorio, “sus enemigos eran las potencias internacionales; según ella, estaban todos conspirando para que no pudiera llevar a cabo su misión”.

Tanto la impresión esta mujer, que “se ganó inmediatamente un lugar en la serie”, reconoce. Es decir, hace diez años decidió que la obra teatral que estaba preparando con ese título debería convertirse en novela. Y así surgieron sus otros protagonistas: Germán Velázquez, quien a los 13 años es testigo de la confesión del crimen de Aurora en la consulta de su padre, el destacado psiquiatra republicano Andrés Velázquez, y María Castejón, la nieta del jardiner del manicomio de Ciempozuelos, a quien Aurora le enseña a leer y escribir y luego instruye en las más diversas disciplinas.

En *La madre de Frankenstein*, quinto volumen de los “Episodios de una guerra interminable”, la escritora madrileña aborda los difíciles años 50 de la España franquista. “Se dice que las mujeres perdieron la guerra dos veces”, afirma sobre la estricta moral impuesta tras la guerra civil.

Cada la República, Germán es empujado por su padre a huir a Suiza, donde lo recibirá su amigo, el doctor Samuel Goldstein, un judío alemán exiliado en ese país con casi toda su familia; su único hijo hombre se ha quedado en Alemania. Quince años después, e inexplicablemente para algunos, Germán vuelve a España. También ha hecho la carrera de psiquiatría y llevará el nuevo tratamiento con clorpromazina a las pacientes psicóticas del manicomio de Ciempozuelos. No es el caso de Aurora, pero aun así pide ser su médico tratante, hasta su muerte, el 28 de diciembre de 1956.

“El hecho de que ella muriera en el manicomio me dio una oportunidad extraordinaria para contar los años 50 desde un microcosmos, un lugar que es casi un no lugar —reflexiona la escritora—, por que allí vivían las personas que menos conforman. Porque, o te enamorabas exactamente del hombre que la sociedad consideraba apto para ti, o te convertías en un desecho social”. Cuando la superiora de Ciempozuelos le envía a servir en una casa de Madrid, María comete el error de enamorarse de Alfonso Molina, sobrino de sus patrones.

Y si en los libros anteriores había citado los *Episodios Nacionales* de Benito Pérez Galdós, “sus protagonistas los leen, los compran o heredados, hablan de ellos”, dice, “aquí, la historia de María Castejón me ha permitido introducir *Fortunata y Jacinta*, porque la historia del señorito que seduce y abandona a una mujer joven y desamparada es, por desgracia, una trama universal y eterna”.

En la escritura de sus *Episodios*, Almudena Grandes reconoce también una deuda con el cine de esos años, “las películas cuentan muchas más cosas de las que creen los guionistas”, afirma. Y cómo no, también le debe mucho a la Historia, la carrera que ella misma estudió en la universidad. “Yo no podría escribir estas novelas si no me apoyara en el trabajo de los historiadores”, asegura, pero establece las diferencias: “Un historiador tiene que documentar exhaustivamente una historia verdadera, que aunque parezca mentira es verdadera, y un novelista es alguien que se inventa de cabo a rabo una historia de mentira que tiene que parecer verdad. O sea la norma de la historia es la ver-

dad; la norma de la ficción es la verosimilitud”. Sin desconocer la capacidad de imaginar que pueden tener los historiadores, añade, “ellos solo pueden avanzar hasta donde la documentación les sostiene; cuando se encuentran una laguna, tienen que parar”. Un narrador, en cambio “es capaz de rellenar esa laguna con ficción y seguir adelante”. Y algo más: “El territorio de la literatura es la emoción; la vinculación que un lector establece con un personaje de ficción, que está vivo, que palpita, que se enamora, que le abandonan, que va y que viene, como le puede pasar a ese mismo lector en la vida, es mucho más fuerte que el vínculo que puede establecer con un personaje de un libro de historia. Por eso yo creo que las lectoras atrapan a los lectores y muchas veces los obligan a leer historia. Eso me pasa mucho. O sea, yo me aprovecho mucho de los historiadores, pero les devuelvo el favor”.

Rita Velázquez, hermana de Germán, militante clandestina y a quien conocimos en *Las tres bodas de Manolita*, dice que los años 50 son peores que los 40 porque ya no existe la fe en el apoyo de los aliados contra Franco tras la Segunda Guerra Mundial. “La consecuencia principal fue la resignación de los españoles, la renuncia de la mayoría a seguir luchando por lo que habían perdido —afirma—. Cuando acabó la guerra, nadie pensaba que los aliados iban a dejar de intervenir en España después de acabar con el fascismo en Europa. Al comprobar que a los aliados Franco les gustaba más que los demócratas españoles, se vinieron abajo. Eso fue fundamental para la consolidación de la dictadura, aunque algunos no se rindieron y siguieron luchando. Esos son los personajes a quienes sigo yo en esta serie”.

“España no es Suiza” es una frase recurrente en la novela para poner en evidencia la mirada de Germán Velázquez sobre la realidad de su país. Reconoce la lengua, los olores, la comida, los edificios, el aire, “el sol, que el echaba tanto de menos en Suiza, el peso del sol sobre la cabeza”, pero ha perdido los códigos. En la frase también hay ironía, e incluso se detecta un cierto orgullo español.

—En el siglo XX, Suiza era el país neutral por excelencia, con todo lo que eso significaba en un continente arrasado por dos guerras terribles en unas pocas décadas —señala—. España era todo lo contrario, un país mucho más pobre, sojuzgado por una dictadura militar, sin libertad, sin derechos... Pero era un país donde se podía luchar por un ideal, donde se podía combatir al fascismo y cultivar la esperanza de un porvenir mejor. Y, sobre todo, España era el país de Germán, que lo elige porque prefiere arriesgarse con los suyos a darle la espalda. Yo lo entiendo y, en sus circunstancias, creo que habría hecho lo mismo.

Aunque ya tiene definido el título y el periodo de la sexta y última entrega de estos *Episodios de una guerra interminable*, ha aplazado su escritura debido a otra novela. “Es una historia que me asaltó en pleno confinamiento —adelanta—. Nunca he escrito nada parecido, pero lo estoy disfrutando mucho. Se trata de una novela de anticipación, que imagina un futuro próximo en el que las sucesivas pandemias, y en sus confinamientos, permiten instaurar una dictadura ultracapitalista, que convierte a España en una empresa privada. También hay resistentes, claro, y ellos son los protagonistas. Es un episodio de una guerra futura”.



Almudena Grandes
LA MADRE DE FRANKENSTEIN
Almudena Grandes
Almudena Grandes
Tusquets Editores,
Buenos Aires, 2020.
558 páginas,
\$21.900.
NOVELA

PÁGINA ABIERTA

SE VENDE LA INMORTALIDAD

Frédéric Beigbeder (1965) es uno de los escritores franceses más exitosos, controvertidos y audaces del momento. Novelista, cuentista, ensayista, entrenador y director de revistas son algunas de sus facetas. Aún así, es en el género novelesco donde su nombre resuena con mayor fuerza, en títulos tales como *El amor dura tres años*, *Windows of the World* o *Duobus inventario antes de liquidación*, que le han valido el apoyo de sus pares, la celebración de los especialistas y hay que decirlo, una estridente autopromoción. Como su amigo y cóctelero Michel Houellebecq, Beigbeder es una figura pública que aparece constantemente en los medios, opina sobre lo primero que se le pasa por la cabeza y asiste a cuanta feria, lanzamiento o festival tenga lugar en los cuatro puntos cardinales. Inevitablemente, esto se nota en sus obras, muy cosmopolitas, por lo general bien escritas y, además, bien construidas. Desde luego, nada de esto afecta a un corpus que presenta



UNA VIDA SIN FIN
Frédéric Beigbeder
Editorial Anagrama,
Barcelona, 2020.
345 páginas,
\$22.000.
NOVELA

algunos libros notables que, por si fuera poco, se venden con pan caliente. *Una vida sin fin*, de reciente aparición, lleva estos rasgos a un punto de no retorno y, en ciertos aspectos, podría ser la ficción —aquí definida como “no ficción”— más ambiciosa de Beigbeder. El tema de la narración es nada menos que la inmortalidad, pero no a la que salen aspirar los artistas, literatos o famosos de cualquier clase, sino una inmortalidad física, material, íntegramente real. El protagonista es nominado un director de películas y presentador de televisión que encabeza un reality show extremo, quizá lo más morboso, repugnante y cínico que se ha visto en la pantalla chica. El animador acude premunido de una bolsa con varios kilos de cocaína y sus invitados deben ingerir una píldora escogida al tun tun, sobre cuyos efectos no albergan la más mínima sospecha. Así, para edificación de los televidentes, defecan, orinan, vomitan, se masturban, chillan, escapan e incluso llegan a copular sin que nadie se

vea afectado. Huelga decirlo, el narrador se convierte en una estrella y hay quienes son capaces de matar a sus hijos con tal de tomarse una foto, mejor dicho una selfie con él.

Un buen día, Romy, su hija mayor, le pregunta si todo el mundo se muere y basta con ello para que nuestro hero, ya pasados los 50 años, decida buscar y encontrar la vida eterna. Su inquietud se traduce en una profunda inmersión en la genética, la biotecnología, las ciencias moleculares y cuanto teoría existe relacionada con la perpetuación de la especie. Y aquí entran a tallar vocábulos, términos, compuestos químicos e innumerables cuestiones acerca del fenómeno orgánico, todo ello presidido por el omnipotente universo digital con resultados previsibles. Es posible que nunca se haya elaborado un volumen como *Una vida sin fin*, repleto de

galimatías ininteligible, puesto que hay que tener varios doctorados para entender una infima parte de su abstrusa terminología. Citarla es absurdo, pues ni el más sabio de los sabios lograría captarla.

Sin embargo, Beigbeder, sea por inconsciencia, sea por efectismo, parecería sentirse seguro de que *Una vida sin fin* es un texto accesible para el vecino de enfrente, pues en ningún momento cesa de largar eternas parrafadas en torno al ADN, el gen PDI, las células IPS de la placenta y asuntos afines. Y como sucede en cualquiera de sus trabajos, *Una vida sin fin* nos pasa por París, Ginebra, Viena, Jerusalén, Los Angeles... con un añadido extra: todas las emenias que reciben al exastro televisivo son personas que si existen y se prestan encatadas para entrar en los arcanos secretos de sus complejas

disciplinas. De hecho, en una nota final Beigbeder agradece a todos y todas las personalidades que lo recibieron. Esto es un problema serio de *Una vida sin fin*, que aumenta a medida que avanzamos en su lectura y culmina con la explicación de que habría que cambiar la lengua “para transcribir tres mil millones de letras a razón de tres mil caracteres por página...”. A la postea, la única conclusión viable es que la inmortalidad física, como se vende, se compra, está sujeta a transacciones bursátiles y claro, solo está al alcance de los ricos y poderosos. Con todo, *Una vida sin fin* contiene pasajes genuinamente graciosos: “El psicoanálisis no es más que Proust mal escrito”; una ventajita de la muerte es “no volver a ver a los feos ni a los imbéciles”; otro consiste en “no tener que soportar el arte contemporáneo”. Así, estamos ante una historia discutible, con buenos momentos.

Comente en: blogs.elmercurio.com/coltura

por Camilo Marks